libertarlos de todos sus enemigos, y en aquel hombre que ellos mismos habian visto nacer entre ellos, como uno de ellos, cuyos padres se mantenian aún en la condicion mas oscura, en la que él tambien habia permanecido oculto por espacio de treinta años, y que no salia de ella sino para rodearse de discípulos de mas oscuro orígen todavía, y que se señalaba, si es permitido hablar así, por el lujo de la pobreza y de los sufrimientos; en aquel hombre, decimos, no podian doblegar su orgullo farisáico á adorar el Dios. Esta invencible repugnancia estendia un denso velo sobre su espíritu y sus ojos, y les ocultaba el resplandor de los milagros. Forzados á veces por este resplandor y detenidos por sus preocupaciones, se hallaban en lucha consigo mismos, y, *juntándose al rededor* de aquel hombre estraordinario que causaba su desesperacion, le decian: *Hasta cuando nos has de tener en suspenso? Si eres el Cristo, dínoslo claramente* (1), es decir, sélo como nosotros quisiéramos que lo fueras. Mas Jesucristo, sin abandonar su divino carácter, les respondia sencillamente: *Os lo digo, y no me creis. Las obras que hago en nombre de mi Padre dan testimonio de mí. Mi Padre y yo somos una misma cosa.* A la idea de que el hombre que les habla es uua misma cosa con Dios, los judíos pierden de vista sus milagros, se vuelven á despertar todas sus preocupaciones, y *toman piedras para apedrearle*, y les replica en seguida Jesucristo, para confundirlos de nuevo por medio de la representa, cion de sus milagros: *Muchas buenas obras os he mostrado de mi Padre, ¿por cuál de ellas me apedreais?* . . . Los judíos evitan esta poderosa razon, diciéndole: *No te apedreamos por la buena obra, sino por la blasfemia, y porque tú, siendo hombre, te haces Dios á tí mismo.*—¡Cuántos de nosotros que piden milagros para convertirse, hubieran obrado lo mismo que los judíos!

Los *milagros* tenian un motivo de necesidad enteramente particular, en el estado en que se hallaba el mundo al principio del cristianismo: eran la única prueba, y debia esta ser tanto mas fuerte, cuanto que no solo era la única, sino que tenia en contra suya todas las demas, y debia sostenerlas hasta que se olvidasen definitivamente; como esos estribos que aguantan en el aire todo un edificio, reparado desde sus cimientos, hasta que está terminado el cambio regular de sus apoyos naturales.

Pero esta razon, que en el orígen del cristianismo hacia los milagros *necesarios*, nos descubre, por el contrario, la razon que en lo sucesivo los fué haciendo cada vez mas *superfluos*, y que por consecuencia debió hacerlos cesar. Así como los judíos no tenian las pruebas que nosotros tenemos, tampoco podemos tener nosotros las que tenian ellos, y seria muy difícil decir cuáles son las mas fuertes y valederas.

La vista inmediata de los milagros es sin duda una prueba que debe avivar nuestro deseo; pero ¿no es nada el establecimiento universal del cristianismo, la destruccion del paganismo y la conversion de toda la tierra idólatra á la cruz de Jesucristo? ¿No vale esto mas que todo?

Este grande hecho es un milagro que evidentemente debió poner término á todos los demas, porque desde él desapareció el objeto de todos los milagros: el mundo fué cristiano, y no tuvo que hacer mas que continuar siéndolo. Los milagros no tenian por objeto convertir á los hombres individualmente, sino á la sociedad de los hombres, y á estos tan solos como á miembros de esta sociedad. Antes de esta conversion no habia para los individuos ninguna razon para creer que Jesucristo era Dios, precisamente porque la sociedad en que nacian les inspiraba preocupaciones contrarias. Necesitábanse, pues, pruebas directas de esta divinidad, milagros, pues todo estaba por convertir, la sociedad, y por consiguiente los miembros de la de los hombres. Mas desde el momento en que se consumó la obra de la conversion de esta sociedad, terminó tambien la obra de los milagros. Ya no hubo nada por convertir. Todos los hombres nacian convertidos. Debieron creer sobre la fé de sus padres; y si perdieron la fé, si se *pervirtieron*, suya fué la culpa. Dios ya nada les debia, y entonces mismo, para salirse de esa incredulidad voluntaria y criminal, no tenian que hacer mas que volver á entrar en el *centro* de las creencias cristianas, en que está el mundo flotando como en su elemento.

Le sucedió al cristianismo, la creacion moral por escelencia, lo que á la naturaleza y á su creacion material. En el principio crió Dios el cielo y la tierra, y ¿cómo los crió? necesariamente por medio de milagros. Desde entonces la naturaleza subsiste, y ya no hace Dios milagros de aquel género; los séres se reproducen *naturalmente*, en virtud del milagro primitivo de la creacion. Lo mismo en el cristianismo: subsiste y se propaga en la sociedad, cuya vida es, sin necesidad de renovar los milagros á cuyo favor se fundó.

No se crea por esto que esta fé tradicional sea una fé ciega é Infundada: es una fé llena de lógica y de razon. Así como la ecsistencia del mundo presupone la creacion y sus milagros, la ecsistencia del cristianismo en el mundo nos conduce, remontándonos hácia atras, al gran milagro de su establecimiento, el cual presupone los milagros que lo fundaron. Para quien considere con atencion los elementos del cristianismo y el caos de disolucion y tinieblas de donde salió, hay en su establecimiento *sin mano de hombre*, un milagro decisivo que responde de los demas, y nos lo hace ver en sus efectos, porque sin ellos, como dice S. Agustin, seria mayor que todos. No vemos nosotros los milagros, pero vemos convertido el mundo pagano; y una de dos: ó nos esplicamos el mundo convertido por los milagros, ó no queremos creer en los milagros, y en este caso nos veremos obligados á ver en este mundo convertido sin milagros uno mayor: en ambos casos la verdad del cristianismo y su divinidad.

Así, pues, debieron cesar los milagros desde el momento en que fué convertido el mundo, por dos razones: primera, porque habia desaparecido el objeto directo de los milagros; segunda, porque satisfecho su objeto, y no habiendo podido serlo sin milagros, nos los demuestra en sí mismo.

(1) Juan cap. 10

Hay ademas otra razon mas sensible y admirable para la diminucion de los milagros desde el establecimiento del cristianismo, la cual hemos indicado ya, y que es necesario profundizar; esta razon es el cumplimiento de las profecías.

Antes de Jesucristo, las profecías alimentaban su esperanza en el mundo por medio del pueblo judío. El sucesivo cumplimiento de muchas de aquellas profecías, concernientes á los destinos transitorios de este pueblo, motivaban su fé en las que se referian al advenimiento ulterior de Jesucristo. Así el gran motivo de credibilidad era entonces las profecías, justificándose unas por otras.

Cuando apareció Jesucristo, fué desconocido, conforme á esas mismas profecías, que se eclipsaron de este modo en su propio cumplimiento. Los milagros debieron suplir entonces aquella luz perdida, y hacer creer contra todas las apariencias, que Jesucristo era el blanco de las antiguas promesas, y que las nuevas que él mismo hacia en confirmacion y estension de las primeras, encontrarian luego su cumplimiento: principalmente que todos los pueblos de la tierra se convertirian á su doctrina; que el pueblo judío seria escluido de la nueva alianza, y andaria miserable y siempre errante por el universo, en castigo de su deicida incredulidad, y que la sociedad fundada por Jesucrito sobre los apóstoles, la Iglesia, triunfaria de todos los esfuerzos del infierno por la sola virtud de su cruz, y permaneceria para siempre, hasta el fin del mundo, asistida de su divino Espíritu.

Estas nuevas profecías, como las antiguas, eran difíciles de creer en el estado de debilidad y postracion en que se hallaban á la sazon su objeto y su autor. Su cumplimiento, que forma en el dia la manifestacion de la divinidad de Jesucristo, hacia entonces, en medio de la contradiccion que aparentemente le rodeaba, el escándalo y la locura de la fé cristiana. Por esto eran necesarios los milagros para justificar su verdad.

Pero cuando esta verdad empezó á justificarse por sí misma con los sucesos; cuando las naciones se convirtieron; cuando esterminado el pueblo judío como habia sido predicho, empezó á arrastrar la maldicion que sobre sí se habia atraido; cuando se formó la Iglesia con el fuego de las persecuciones, y fué adquiriendo poco á poco, sobre las ruinas del mundo pagano, esa figura imponente y terrible, que ha sido el perpetuo escollo de todo cuanto ha tenido la insolencia de oponérsele; entonces el prodigio de estos acontecimientos, no ya en sí mismo, como dijimos mas arriba, sino *en su completa y literal concordancia con las profecías* que lo habian anunciado, el prodigio del cumplimiento de las profecías vino á redimir, por decirlo así, la palabra de Dios, y hacer cesar la necesidad de los milagros particulares por un gran milagro siempre subsistente.

"Jesucristo hizo milagros, dice á este propósito Pascal, y tambien los hicieron en gran número los primeros santos, porque no estando todavía cumplidas las profecías, y cumpliéndose por medio de ellos, nada hacia fé mas que los milagros. Estaba pronosticado que el Mesías convertiria las naciones. ¿Cómo se hubiera cumplido esta profecía, si las naciones no se hubiesen convertido? Antes de que muriera, resucitara y convirtiera las naciones, no estaba cumplido, y por lo mismo, durante aquel intervalo se hacian necesarios los milagros. Ahora, empero, no lo son ya, porque las profecías son un milagro siempre subsistente." (1)

De modo que, por una admirable compensacion de la Providencia, que quiere que en todas épocas haya poco mas ó menos los mismos motivos de fé, los dos mas grandes milagros de la Religion, la reprobacion de los judíos y la perpetuidad de la Iglesia, se van haciendo cada dia mas patentes, á medida que nos vamos alejando mas del tiempo de los milagros. El hombre que afirmase que Dios le habia prometido una vida de diez siglos, no seria creido de nadie si no hiciese milagros; pero al momento que hubiese vivido trescientos años, esa longevidad sin ejemplo seria un milagro continuo, que bastaria aparentemente para convencer á los mas incrédulos. El pueblo judío, dispersado entre todas las naciones de la tierra, hace diez y ocho siglos, ha subsistido en este estado de *disolucion insoluble* (2), inaudito antes en la historia, mas tiempo del que subsistieron los mas célebres imperios; y la Iglesia católica, por su parte, ha durado ya diez y seis veces mas de lo que viven de ordinario los sistemas de gobierno mejor combinados.

Pascal observa muy juiciosamente que las profecías son *los únicos milagros subsistentes que pueden hacerse*. En efecto, los otros milagros particulares dejarian de ser tales con su repeticion, y llegarian á ser fenómenos naturales. No sucede esto con las profecías, pues no hay en ellas *repeticion;* hay *un solo hecho singular*, pero tan inmenso que llena todos los tiempos y lugares, y cuya *singularidad* consiste en la universalidad y perpetuidad. Este hecho consiste en dos partes: la profecía y el cumplimiento. El prodigio consiste en la separacion de estas dos partes y en su concordancia en medio de esta misma separacion. Hay cuatro mil años señalados primero esclusivamente á la profecía, y todos los demas siglos son para el cumplimiento: la separacion no puede ser mas visible, y su estension, lejos de debilitar el prodigio, es su mas brillante preparacion. En cuanto al prodigio, en sí mismo, es decir, á la conformidad del cumplimiento con las profecías, la duracion no puede tampoco debilitarla, pues consiste precisamente en la duracion: aquí está el cumplimiento, aquí el prodigio: la duracion de la reprobacion de los judíos, la duracion de la Iglesia. No solamente no podria este hecho llegar á ser ordinario á fuerza de durar, sino que cada dia se va haciendo mas estraordinario; de modo que no solo es, como dice Pascal, un milagro siempre *subsistente*, sino un milagro que va siempre *en aumento*. Y no solamente un milagro, sino un doble milagro: mila-

(1) *Pensamientos*, t. II.

(2) Los judíos en la actualidad en el mundo han sido comparados á fragmentos de una materia insoluble, sobrenadando de continuo en un líquido, sin jamas poderse mezclar con él.

gro de hecho en sí mismo, aun cuando no hubiese sido profetizado, y milagro en su conformidad con la profecía.

Haciendo alusion Rousseau á los milagros del Evangelio, no teme decir que *los milagros de los* IMPOSTORES *tienen lugar en las encrucijadas, en los desiertos y dentro de las casas;* pero que los de la Divinidad deberian ser manifiestos y ruidosos, y tener por teatro la tierra entera, como *mandar al sol que cambiase su curso, á las estrellas que se colocasen de distinto modo, á las montañas que se aplanasen, á la tierra que cambiase de forma, etc.* (1) No creemos deber discutir sobre tan descabellada y judáica ecsigencia, pero de ella sacaremos motivo para observar que los milagros del Evangelio (sin conceder que se hicieran en las *encrucijadas*, en los *desiertos* y *dentro de las casas*, como se le antojó á Rousseau, á quien nos reservamos confundir) ceden en resplandor y en evidencia al del cumplimiento de las profecías, del cual somos testigos, pues tiene este toda la tierra por teatro, por duracion todos los siglos, se va agrandando todos los dias, y ha adquirido ya proporciones tan colosales, tan superiores al curso ordinario de la naturaleza, que los mas obstinados y mas prevenidos se sienten trasportados de admiracion y entusiasmo, como veremos en la última ojeada que echemos al fin de estos *Estudios*, sobre este punto en el dia tan culminante del cristianismo.

Así, á esta pregunta: *¿Por qué desde el orígen del cristianismo han ido disminuyendo los milagros?* contestan tres razones, ademas de las consideraciones preliminares: 1.ª, porque se cumplió el objeto real de los milagros, que era la conversion del mundo; 2.ª, porque una vez llenado este objeto, no habiendo podido serlo sin milagros, los hizo desde entonces para en adelante visibles en sí; 3.ª, porque este objeto ha venido á ser en su desarrollo y perpetuidad un doble milagro, ya en sí mismo, ya como cumplimiento de las profecías, milagro que va agrandándose á proporcion de nuestro alejamiento de la época de los milagros, de tal modo, que lo que el tiempo quita á estos de impresion, lo va añadiendo á aquel, descubriéndose de este modo la divina sabiduría, que lo hace todo con número, peso y medida, de la manera mas admirable, en esta bella economía de las pruebas del cristianismo, en la que el espíritu humano encuentra siempre igualmente, aunque con variedad, medios para asegurarse de la verdad por la razon, y de merecerla por la fé.

IV. ¿Se hicieron acaso los falsos milagros con el objeto de hacernos desconfiar de todo lo que se llama *milagro?* ¿Lo mas seguro para la razon, que no debe determinarse sino en vista de la certidumbre, no será, en tal caso, dudar, ó mejor desechar igualmente todos los milagros?

Esta pregunta supone grande inteligencia de los derechos y deberes de la razon.

La razon se debe á sí misma la investigacion y el discernimiento concienzudo de la verdad.

Creerlo todo á ciegas, es sin duda una gran debilidad, así como no lo es menor desecharlo sistemáticamente todo; pues si lo primero nos espone á error, lo segundo nos hace imposible la verdad. Tanta pobreza es desecharlo todo como creerlo todo: porque la credulidad, abrazando el error, abraza á lo menos con él algunos principios y algunos restos de verdad, mientras que la incredulidad no abraza nada y llega al fin de negacion en negacion hasta la muerte de la razon misma. La razon apetece la fé como el estómago los alimentos. Discernir bien los objetos de esta fé, es un deber de prudencia; pero desecharlos todos sin distincion y negarlos sistemáticamente es una insigne locura, pues es proceder contra el primer instinto del alma y hacer consistir su orgullo en su inanicion. Hay mas: es esponerse á todos los estravíos de ese instinto, tanto mas desordenado cuanto mas se le contraría, y verlo caer en contradicciones inauditas y en lastimosas credulidades, justificando aquellas palabras de Pascal: "Los incrédulos son los mas crédulos."

No debemos ser ni *incrédulos* ni *crédulos*, sino *creyentes* y *filósofos*. Debemos tener en cuenta la verdad, el error y la duda. "Es preciso tener las tres cualidades siguientes: pirrónico, geómetra y cristiamo sumiso. Las tres se avienen y se templan mútuamente, dudando cuando es necesario, afirmando cuando es menester, y sometiéndose á lo que conviene." (2) Estas palabras, que son, como ha dicho su nuevo editor, toda la historia de Pascal, y reasumen el estado de su espíritu, deben ser proporcionalmente la regla de todo entendimiento razonable. Sin duda no es siempre fácil dar con el término medio en esas operaciones diversas; pero el trabajo de su investigacion y conservacion es precisamente en lo que consisten la vida, el ejercicio y la nobleza de la inteligencia.

Estas reflecsiones, que deben dominar todo el estudio de la Religion, pueden aplicarse especialmente al estudio de los milagros.

De que haya habido milagros falsos, muchos milagros falsos, es poco filosófico y hasta irracional deducir una consecuencia de incredulidad absoluta en los milagros.

¿Qué verdad hay en el mundo que no haya sufrido falsificaciones? ¿Cuál podria subsistir si este fuera motivo bastante para desecharla?

Decimos mas: no siendo el error, como dice Bossuet, mas que *la verdad de que se abusa*, debemos ver en los *milagros falsos, milagros contrahechos*, lo mismo que en la *moneda falsa* vemos la verdadera, fraudulentamente imitada. ¿Por qué hay quien haga moneda falsa? porque espera hacerla pasar por buena. ¿Y por qué espera y logra á veces hacerla pasar por buena, sino porque la hay en efecto *buena*, que *predispone* á recibir la que se le parece? Lo falso solo ecsiste, porque lo verdadero le da *interes* y *crédito*. Ecsaminad todas las falsedades que aparecieron en el mundo, y vereis que todas debieron su orígen y su crédito á alguna verdad primaria, cuyas formas imitaron. Hallándose una vez el espíritu del hombre doblegado hácia un lado por la verdad, se hace susceptible de todas las falsedades que puedan de allí originarse. No debemos, pues, admirarnos de que haya habido falsos milagros, ni debemos deducir de ellos ningun argumento contra los verdaderos, pues no son dos cosas contrarias, antes bien se suponen recíproca y necesariamente. Admitid que haya habido verdaderos milagros, y comprendereis fácilmente, por una razon de interes, que los ha debido haber falsos: partid de la ecsistencia de los falsos milagros, y buscando el orígen y fundamento de su crédito, llegareis á reconocer que ha debido haberlos verdaderos.—De modo que los falsos milagros no solamente no prueban nada *en contra*, sino que prueban mucho *en favor* de los milagros verdaderos: prueban por *presuposicion*.

(1) *Emilio*, lib. 4.

(2) Pascal, *Pensamientos*, t. II.

Prueban ademas de otro modo: por *desemejanza*.

Si uno de los privilegios de la verdad, funesto para ella, es prestar interes y crédito al error, tiene tambien otro privilegio reparador, que consiste en que su imitacion no puede ser nunca perfecta, y que la verdad conserva siempre ciertos rasgos inherentes é incomunicables, por los cuales se la distingue; de modo que lo falso prueba lo verdadero. Por ejemplo, si considerando atentamente los milagros evangélicos, reconocemos, aparte de los caracteres que les son comunes con los demas, ciertos caracteres particulares que les son esclusivamente propios, aun cuando se ha puesto grande diligencia en imitarlos, solo podremos esplicarnos este defecto de imitacion por la imposibilidad, y esta imposibilidad por la verdad absoluta que encierran los que presenten estos caracteres inimitables. Lo falso se imita á sí mismo perfectamente, porque para ello no necesita mas que repetirse; pero no puede imitar del mismo modo lo verdadero, precisamente porque no es verdadero, y porque lo verdadero tiene siempre caracteres que le son esenciales. Los falsos milagros, no presentando jamas en sí mismos estos caracteres, los hacen resaltar en los que los tienen, sirviendo así para demostrar su perfecta verdad.

La fé cristiana está en esto de parte de la razon, y la ayuda poderosamente á evitar mil credulidades, á que se abandonaria, si no tuviese una garantía en los caracteres fijos y determinados que esta fé le proporciona. La inteligencia que cree en los milagros del Evangelio y en lo que están apoyados por la juiciosa autoridad de la Iglesia, cree en ellos fundada en razones que los falsos milagros no pueden presentarle. Satisfaciendo justamente á la razon, la fé la hace discreta, y no la preserva menos de la credulidad que del escepticismo.

Montaigne, aquella inteligencia tan osada, pero tan juiciosa al mismo tiempo, comprendió y calificó perfectamente estas dos flaquezas del entendimiento humano con respecto á los milagros. Nadie se burló con mas gracia de los falsos milagros, ni ecsaminó con mas libertad todas las tortuosidades de la razon. Leed particularmente su capítulo DE LOS COJOS, en el cual pinta con esactos colores el modo cómo se acreditan los cuentos mas absurdos: "Soy torpe y me inclino un poco á lo sólido y á lo verosímil, dice en el citado capítulo. Ya veo que se enfadan, y me prohiben dudar so pena injurias ecsecrables: ¡peregrino método de persuadir! Piedad, por Dios; no se dispone de mi creencia á puñetazos. Para matar á los hombres se necesita una claridad luminosa y pura, y nuestra vida es demasiado real y esencial para garantizar esos accidentes sobrenaturales y fantásticos."—Este espiritual buen sentido es admirable, y se complace uno en verlo salvar así los derechos de la razon comun, revindicando los suyos propios. Mas *si no se dispone á puñetazos de la creencia de Montaigne*, ¿sabeis cuál es una de las principales razones? el estar formada en la sublime escuela de la fé cristiana, y el que "para acomodar los ejemplos que de tales cosas nos ofrece la divina palabra, *ejemplos muy ciertos é irrefragables*, y referirlos á nuestros sucesos modernos, pues que no vemos en ellos ni las causas ni los medios, se necesita otro ingenio que el que nosotros tenemos."

Y no creais que sea solamente en este pasaje donde así habla de los verdaderos milagros: en otro capítulo toma por su cuenta á la incredulidad, y le dice su parecer con un buen sentido no menos admirable y picante, con este título: ES UNA LOCURA SUJETAR LO VERDADERO Y LO FALSO AL JUICIO DE NUESTRA SUFICIENCIA. Y no porque olvide ó contradiga caprichosamente lo que dijo antes contra la credulidad: al contrario, lo confirma; pero esta vez coje su asunto con las dos manos, como diria él, y por sus dos asas: "No es á la ventura y sin razon, dice, que atribuimos á simpleza é ignorancia la facilidad en creer y dejarse persuadir. . . . cuanto mas vacía y sin contrapeso está el alma, mas fácilmente se doblega bajo la carga de la primera persuasion: he aquí por qué los niños, el vulgo, las mujeres y los enfermos tienen mejor disposicion á dejarse arrastrar por las orejas. Por otra parte, es tambien una presuncion necia el ir despreciando y condenando como falso todo cuanto no nos parece verosímil, vicio ordinario en los que piensan tener alguna mas suficiencia que la generalidad. . . . Condenar de este modo resueltamente una cosa por falsa é imposible, es atribuirse la ventaja de conocer la estension y límites de la voluntad de Dios y de las facultades de nuestra naturaleza; y no hay en el mundo locura mas insigne que la de apreciarlos por la medida de nuestra capacidad y suficiencia. . . . Cuando leemos en Bouchet los milagros de las reliquias de San Hilario, pase: no es tan grande su crédito que nos prive de la libertad de contradecirlo; pero condenar de un golpe todas las historias parecidas, me parece demasiada imprudencia. El grande San Agustin refiere haber visto en Milan que al contacto de las reliquias de los santos Gervasio y Protasio, un niño ciego recobró la vista; que en Cartago una mujer fué curada de un cáncer con la señal de la cruz que hizo sobre ella otra mujer recientemente bautizada, y otros muchos milagros, los cuales dice haber presenciado él mismo. ¿De qué acusaremos á San Agustin y á los otros dos santos Aurelio y Macsimilio, que cita en su apoyo? ¿Los acusaremos de ignorancia, de sencillez, de facilidad? ¿los acusaremos de malicia ó de impostura? ¿Hay en nuestro siglo nadie tan impudente que se

atreva á compararse con ellos, ya en virtud y piedad, ya en saber, discrecion y suficiencia? *qui ut rationem ullam afferent, ipsa auctoritate me frangerent.*—Despreciar lo que no concebimos, ademas de la absurda temeridad que en sí envuelve, es una osadía peligrosa y trascendental; porque despues que habeis establecido, conforme á vuestra bella inteligencia, los límites de la verdad y de la mentira, y que de necesidad habeis de creer cosas mas estravagantes que las que negais, estais obligados por lo mismo á abandonarlas."

Despues de haber leido Pascal estos dos capítulos, esclama con su elevada razon: "¡Cuánto detesto á los que aparentan dudar de los milagros! Montaigne habla de ellos como se merecen en dos pasajes: en el uno se ve cuán circunspecto es, y sin embargo en el otro cree, y se mofa de los incrédulos." (1)

Lo mismo harán todos los espíritus razonables:

V. La última preocupacion que nos importa desvanecer es la siguiente: *Los hechos de posesion por el demonio*, y sus diferentes géneros, ¿han ecsistido? Si han ecsistido, ¿por qué no ecsisten ya? La curacion de un ciego de nacimiento y la resurreccion de un muerto son grandes milagros; pero á lo menos no tiene uno que creer mas que el milagro en sí, pues la materia que suponen ecsiste ya en la naturaleza y la vemos todos: un ciego, un muerto. Pero en los milagros que tienen por objeto la curacion de los *poseidos*, todo es estraño á la naturaleza actual, la *curacion*, y sobre todo y préviamente la *posesion*. Por lo que se ha dicho, se concibe que esta especie de milagros hayan cesado, pero deberia reproducirse el estado de posesion. Si no ecsiste ya semejante estado, es prueba de que no ha ecsistido nunca, de que era ilusorio, y en este caso se desvanece el milagro de su curacion, y descansando todos los demas milagros sobre la misma autoridad, se comprometen todos, y la creencia en ellos se ve invadida por la duda mas legítima.

A esto es principalmente á lo que debemos contestar.

Esta profunda materia abre una multitud de perspectivas que tientan la curiosidad; pero la economía general de los presentes *Estudios*, en el punto á que hemos llegado, nos obliga á limitarnos á la parte directa de la dificultad supuesta.

El estado de posesion, de que tanto se habla en el Evangelio y en la historia de los tiempos apostólicos, es considerado como un estado natural por su frecuente repeticion, ó sobrenatural por sus caracteres.

Si se le considera como un estado natural, no es lógico deducir que no ha ecsistido nunca, porque ahora no ecsiste ya. ¿Puede decirse que no ha ecsistido la lepra, porque ahora no hay leprosos?

Si se le considera como un estado sobrenatural repetido, y es este, en efecto, á nuestro modo de ver su verdadero carácter, está escento por su misma naturaleza de toda regla y analogía natural de ecsistencia y duracion, y de su diminucion y cesacion no se puede sacar ninguna consecuencia.

De que en la actualidad no ecsista, no se puede deducir que no haya ecsistido, ni se puede sacar de aquí ninguna induccion que debilite su creencia.

Hasta en su carácter natural se encuentra una razon de analogía con los milagros, razon que le hace aplicables todas las que hemos dado de la diminucion de estos últimos.

Estas breves reflecsiones podrian ser suficientes; pero queremos dar mas amplia satisfaccion á aquellos á quienes la dificultad embarazaria todavía, tratando sucesivamente de la certidumbre del estado de posesion y de la esplicacion de este fenómeno.

1.° De la lectura del Evangelio, de los *Hechos de los Apóstoles* y de la polémica cristiana de los dos primeros siglos, resulta un hecho notable, y es que *el estado de posesion por el demonio*, tal como lo entendemos, era en aquella época considerado por todos, cristianos, judíos y paganos, como un estado efectivo y notorio. Ni siquiera se sospechaba entonces de la incredulidad que sobre este punto se ha ido formando, desde que ya no tienen lugar ejemplos de la misma naturaleza. Se decia: *Uno que tiene el demonio*, del mismo modo que se diria ahora: *Uno que padece de epilepsía.*

—Este ejemplo es comprometido, se dirá; es probable, en efecto, que lo que se llamaba entonces *tener el demonio*, no era otra cosa que el estado epiléptico, frenético ó lunático.

—No, porque estas últimas enfermedades, respecto de las cuales por otra parte no ha dado un solo paso el arte médica, estaban caracterizadas y conocidas como en el dia, y era distinto de todas ellas el estado de *posesion*. En San Mateo leemos que "habiendo corrido por toda la Siria la fama de los benéficos milagros de Jesucristo, le conducian todos los que lo pasaban mal, los poseidos de varios achaques y dolores, *y los endemoniados, y los lunáticos, y los paralíticos. . . .*" *Variis languoribus, tormentis comprehensos,* ET QUI DÆMONIA HABEBANT, *et lunaticos, et paralíticos.* (2)

En este pasaje se ve: 1.°, que el estado de posesion era públicamente reconocido; 2.°, que era distinto de los demas estados, con los cuales nos parece que se hubiese podido confundir, *tormentis comprehensos,—lunaticos.*

En cada página de los Evangelios encontramos ejemplos semejantes, que atestiguan la notoriedad y distincion del estado de posesion: "Se paró Jesus en un llano, rodeado de sus discípulos y de un gran gentío que habia venido de toda la Judea y de Jerusalen, y de la marina, y de Tiro, y de Sidon, para oirle y que les sanase de mil enfermedades. Y *los que eran atormentados de espíritus inmnndos, eran curados,* (3) *y le presentaban muchos endemoniados*, y los sanaba, y la multitud, llena de estupor, se decia: ¿Es este acaso el hijo de David? oyendo lo cual los fariseos contestaban: "*Este no lanza los demonios* sino en virtud de Belcebú, príncipe de los demonios (1). Habiendo Jesus convocado á sus doce discípulos, les dió potestad *sobre todos los demonios*, para lanzarlos, y *para sanar* toda dolencia y toda enfermedad. (2)—Y volvieron los setenta y dos con gozo, diciendo: Señor, hasta los demonios se nos sujetan en tu nombre." (3) Nos creemos dispensados de citar mas ejemplos; todos son comunes, y dentro de poco tendremos ocasion de citar otros nuevos, aun cuando bastan ya estos para probar que el estado de posesion era *notorio y distinto* de las enfermedades. Y no se apoya la certidumbre de este hecho solamente en el testimonio particular de los apóstoles, sino tambien en el de toda la sociedad de aquella época que se vislumbra al traves de su relato; pues todo hombre de buen juicio, aun cuando fuese incrédulo, se veria obligado á reconocer que los evangelistas no se hubieran espresado así, si entre los hombres con quienes vivian no hubiese sido el estado de posesion un fenómeno constante.

(1) *Pensamientos*, t. II.

(2) Mateo, cap. 4, v. 24.
(3) Luc., VI, 17 y 18.

Por otra parte, lo que manifiesta que semejante estado no pertenecia á ninguna enfermedad normal, es que sus caracteres esteriores no eran siempre los mismos: un poseido estaba frenético, otro se volvia sordo, ciego y mudo á la vez; otro queria arrojarse al agua ó al fuego; otro permanecia constatemente encorvado con violencia, sin poderse enderezar jamas; (4) en una palabra, la posesion no se parecia á ninguna enfermedad particular: participaba ó simulaba varias enfermedades, sin confundirse con ninguna de ellas. Muy necesario era que semejante estado presentase á traves de estas varias enfermedades un carácter enteramente particular, porque sin esto se le hubiera confundido con estas enfermedades mismas, y no se hubiera podido distinguir entre un frenético y otro frenético, un mudo y otro mudo, etc., diciendo de él que *estaba poseido por el demonio*, como una cosa que todo el mundo veia y comprendia.

Habia en efecto en la posesion caracteres accidentales y estrínsecos, que revelaban, por efectos físicos ó morales, la presencia de un agente sobrenatural y satánico.

Principalmente por el contacto de los poseidos con la omnipotencia del Cristo, se daban á conocer la presencia de este agente, toda su rabia y su maldita condicion, acusándose á sí mismo con gritos y ahullidos como el autor de las miserias del género humano, y confesando la terrible divinidad del hijo de Dios, que venia á destruir su imperio. Pero el Salvador moderaba este brillante testimonio, mandándole, al arrojarlo, que callara (5).

Jesucristo habia solemnemente delegado su poder sobre los demonios á los apóstoles, y en los actos de éstos vemos que hacen uso de este poder. En la ciudad de Filipis, cura San Pablo, en el nombre de Jesus, á una muchacha poseida, que adivinando, daba mucho que ganar á sus amos (6).—Leemos tambien en los *Hechos*, que en la ciudad de Efeso, donde se hallaba San Pablo, habiendo querido unos judíos de raza sacerdotal probar aquel soberano poder del nombre de Jesus sobre los demonios, de que el apóstol usaba, intentaron la curacion de algunos poseidos por medio de esta adjuracion: *Conjúroos por Jesus, el que Pablo predica:* pero el espíritu inmundo les contestó: *Conozco á Jesus, y sé quién es* PABLO; *mas vosotros, ¿quién sois?* Y arrojándose sobre ellos uno de los poseidos, los maltrató. Habiéndose divulgado este hecho entre los judíos y gentiles que moraban en Efeso, se apoderó el temor de todos los corazones, y fué ensalzado el nombre del Señor Jesus (7).

Esto es lo que leemos en los *Evangelios* y en los *Hechos*, y á menos que queramos reirnos de estos libros, los mas verídicos, los mas auténticos, los mas santos de todos, es preciso admitir la certidumbre del estado de posesion. Aun no tomando estos libros mas que como libros ordinarios, es necesario ver en lo que sobre este particular nos dicen, que tal era la creencia universal de aquel tiempo, fundada en los hechos mas constantes y menos equívocos. Lo cierto es, que no sabemos que respecto de este punto hayan sido contradichos jamas, ni por los judíos ni por los paganos.

El escepticismo moderno encontrará quizás que estos hechos pasaron en un teatro demasiado estrecho, demasiado lejano, demasiado al abrigo de la crítica por la santa oscuridad que los rodea, y pedirá, ya que los hechos de este género eran entonces tan constantes, que se los manifestemos en alguna otra parte que no sea la Judea.

Nosotros le daremos esta satisfaccion, y vamos á ver cómo se ensancha este teatro que le parece tan estrecho. No se produjeron semejantes fenómenos en el seno del judaismo solamente, sino tambien y principalmente ante el mundo pagano y en el corazon de su civilizacion y de su imperio. Aquí fué, repetimos, donde principalmente fué confundido el espíritu de mentira, y donde proclamó los groseros artificios de que se valia para abusar de la especie humana.

Entre todos los medios de propagacion del Evangelio, este fué por espacio de mas de dos siglos el mas decisivo y patente. Nada concebimos mas concluyente que las pruebas que de ello vamos á presentar.

"De solo Jesucristo, dice San Ireneo ante los paganos, tienen todos los que le sirven la gracia, cada uno segun el don que recibió, de hacer milagros en utilidad de los hombres. Los unos, en efecto, arrojan los demonios con una autoridad tan soberana y tan eficaz, que los que se veian atormentados por ellos, pasmados y agradecidos de su curacion, se convierten á la Iglesia, etc. (8)

"Arrojamos, dice otro célebre apologista, los espíritus engañosos, que confiesan por sí mismos que á la eficacia de nuestras oraciones se debe el que

(1) Mat., XII. 22 y 24; VIII, 16.
(2) Mat., X, 1.
(3) Luc., X, 17.
(4) Tales son los diferentes ejemplos de posesion consignados en el Evangelio.
(5) Març., III, v. 2.

(6) *Hechos*, cap. 16, v. 16.
(7) *Hechos*, cap. 19.
(8) Iren., lib. 2, cap. 33.